

Diarios En la amplia tradición de libros que narran las angustias de los deportados a los campos de concentración, el testimonio de la joven muchacha parisina Héléne Berr, escrito entre 1942 y 1944, brilla con luz propia

Frente al horror, la conciencia incesante

Hélène Berr
Diario / Diari

Traducción al castellano de Jaime Zulaika y al catalán de Marta Roigé

ANAGRAMA /
EMPÚRIES
294 / 288 PÁGINAS
18 EUROS

LAURA FREIXAS

Héléne Berr no hace nada fuera de lo común –son tantas las jóvenes que llevan un diario!– cuando el 7 de abril de 1942 empieza a anotar su vida cotidiana. Que también es de lo más corriente: Héléne es una joven parisina que vive con sus padres, acaba de licenciarse en filología inglesa, sale con algún chico... Sólo que, en esta vida corriente, empiezan a insinuarse poco a poco curiosos detalles. 1 de junio de 1942: “Mamá viene a anunciarme la noticia de la estrella amarilla y la rechazo diciendo: ‘Hablaemos de eso más tarde’...” (y es que los Berr son judíos, algo que hasta entonces no había tenido ninguna importancia). 9 de junio: “En el metro el revisor me dice: ‘Último vagón’”. 10 de julio: “Los judíos no tendrán derecho de cruzar los Campos Elíseos”. 18 de septiembre: “El doctor Mayer ha sido detenido porque llevaba la estrella demasiado arriba”. 27 de octubre de 1943: “El lunes por la mañana detuvieron a 25 familias en el bulevar Beaumarchais, sin el menor ‘motivo’”. 30 de octubre: “De aquella partida del 27 de marzo del 42 (la del marido de la señora Schwarz) no se ha vuelto a saber nada. ¿Emplearían a los deportados para hacer estallar las minas?”. 13 de diciembre: “Corre el rumor de que nos van a detener a todos antes del 1 de enero”. 24 de



La joven Héléne Berr fue una de las muchas víctimas del holocausto

ARCHIVO

enero de 1944: “Hasta las clínicas privadas deben ahora rechazar a los judíos. Denise (su hermana) se había inscrito en la Narcisse-Diaz para el nacimiento del bebé. Ayer, la señora vino a devolverle (llorando) el dinero”. Las últimas palabras del diario, del 15 de febrero de 1944 –un mes antes de que detuvieran a Héléne y sus padres; morirían en campos de concentración–

son la misma, tres veces repetida: “¡Horror, horror, horror!”.

Pero no es sólo el registro de cómo el horror se insinúa, va tomando cuerpo y termina engulléndola, lo que hace el interés tremendo, dramático, de estas páginas. Es también su excepcional inteligencia. (Por cierto, ¿a qué viene que la contraportada elogie el talento de la autora diciendo que es “equipa-

rable a su belleza”? ¿Qué importa, en esta historia, que Héléne fuera guapa o no? ¿Es que el tópico va a perseguirnos hasta el campo de concentración?) Berr no se limita a soportar la desgracia: es, como ella misma dice, una “conciencia incesante” que lo analiza todo. Nada se le escapa: ni la “maldad meditada, organizada, racional” que está detrás de los “sufrimientos atroces”; ni la “monstruosa inutilidad” del exterminio. Ni la deliberada ignorancia de quienes le hablan apartando la vista de la estrella amarilla. Ni la indiferencia de los católicos, de quienes se pregunta indignada si “merecen el nombre de cristianos”. Ni la monstruosidad de que “se haya llegado a concebir el deber como algo independiente de la conciencia”, como lo ejemplifica el policía que va a un orfanato a detener a niños de cinco años, y que a una mujer que le reprocha su conducta, le contesta: “¡Cumpro con mi deber!”. Héléne, por su parte, sabe cuál es el suyo: valentía –lleva la estrella “con la cabeza alta y mirando de frente”–, solidaridad –trabaja como voluntaria cuidando a hijos de deportados–, y testimonio. Y lo cumple hasta el final.

“¿Habrá muchas personas –escribe en las últimas páginas, cuando empieza a adivinar su destino– “que hayan sido conscientes a los 22 años de que podían perder de golpe todas las posibilidades que sentían en ellas –y no experimento la menor timidez al decir que yo dentro de mí las noto inmensas, puesto que las considero como un don que he recibido, y no como una propiedad–, de que podrían arrebatarnos todo, y no rebelarse?”

Sus posibilidades eran inmensas: el *Diario* permite adivinar una futura Hannah Arendt o Simone de Beauvoir. Su rebeldía fue y no fue inútil: ella sucumbió, pero no ha dejado su testimonio implacable y su admirable ejemplo. |

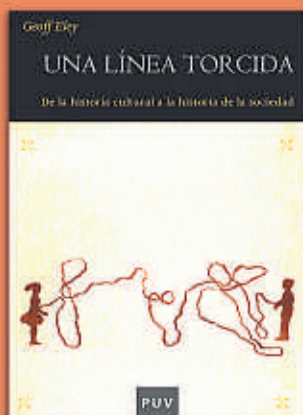
VNIVERSITAT
ID VALÈNCIA

PUV

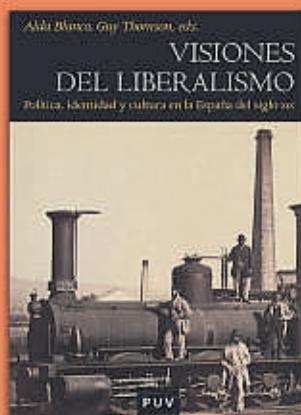
<http://puv.uv.es>



Teatros de la memoria
Pasado y presente de la cultura contemporánea
Raphael Samuel



Una línea torcida
De la historia cultural a la historia de la sociedad
Geoff Eley



Visiones del liberalismo
Política, identidad y cultura en la España del siglo XIX
Alda Blanco, Guy Thomson, eds.



Historias de España contemporánea
Cambio social y giro cultural
M. Burguera, C. Schmidt-Novara, eds.